

El papel de las mujeres creadoras dentro de la Historia del Arte

Marián L. F. CAO

El título de esta primera mesa resulta paradójico desde una óptica tradicional, y encierra en sí mismo una respuesta aparente, si nos ceñimos a los libros y diccionarios, y a los manuales y enciclopedias que llevan el «modesto» título de «Historia Universal del Arte». Estamos comprobando que esa historia no es universal, sino occidental, y hoy vamos a tratar de demostrar que no es «la historia», sino una historia que oculta otras.

A partir del estudio de mujeres creadoras, iniciado ya hace varias décadas podemos afirmar varias cosas:

1. Ha habido mujeres creadoras.
2. La mujer no ha estado al margen de la creación y podemos preguntarnos otras cosas:
 - ¿Por qué estas mujeres existían y nosotras no lo sabíamos?
 - ¿Quién ha escrito la historia y nos ha negado su conocimiento?

Estas creadoras, como muchas otras que permanecen en el silencio, han salido a la luz porque nosotras queremos saber de su presencia. Algunas andan ya en la historia desde el siglo XII, como Hildegarda de Bingen, junto con sus composiciones musicales y sus escritos sobre medicina, y desde ella hemos podido conocer a interesantes artistas como Gentileschi, Anguissola, Sirani, Fontana, Leyster, Kauffman, Bonheur, Kollwitz, Münter, Terk, Escobar, y tantas otras.

Lo que estudiamos no es lo que ha habido, es lo que se quiere o se pretende que haya habido. No estudiamos de un modo neutro, se nos dice parte de una historia y de un modo específico. La historia se construye sobre dicotomías que apoyándose una en otra, elabora la creación de un sujeto «universal» racional, discursivo, público, independiente, adulto, noroccidental y de clase media.

Las mujeres hemos sido el negativo frente a lo masculino, y por ello irracional, intuitivo, privado, dependiente, infantil, sin origen e incluso desclausurado. Hemos sido un grupo homogéneo dentro del cual se enuncia de modo

general el negativo del sujeto universal. Atrapado el término «mujer» en esta conceptualización, no es extraño que el término «genia» no aparezca en los diccionarios, y no es de extrañar que los adjetivos atribuidos a la creación puedan difícilmente adecuarse a esta conceptualización femenina. Baste recordar el arduo trabajo que las mujeres surrealistas tuvieron que abordar como creadoras para poder desprenderse de las características que a lo femenino atribuían sus contemporáneos masculinos. Porque es muy difícil ser eterna niña y creadora adulta. Resulta de especial interés observar cómo las vanguardias artísticas, que supusieron un avance formal de gran envergadura, así como su apoyo a las causas políticas en su mayoría progresistas, no supieron o no quisieron variar su temática casi decimonónica y su conceptualización de la mujer siguió anclada en iconografías anteriores, que legitimaban la función del genio de vanguardia del siglo XX. Pocas mujeres creadoras pueden sustraerse a esa conceptualización. En casi todas las descripciones de sus obras términos como «femenino», «delicado», son frecuentes, cuando no pasan a describirlas a ellas y no a su creación. María Blanchard pasó a ser «viril» desde el punto de vista de sus críticos, quizá para poder tener argumentos que reafirmasen la calidad de su creación.

La historia que hemos recogido como herencia ha sido reducida al relato de las dicotomías y al relato de la vida de los héroes a través de enfrentamientos violentos, de la guerra y el poder. Una historia escrita que no hace más que reforzar aquellos opuestos, donde no caben los otros: las mujeres, las personas no occidentales, las no blancas, y donde la naturaleza ha sido objeto de dominación.

Abrimos esta mesa con la intención de desvelar, aunque sea de modo inicial, ese papel que han detentado y detentan ahora algunas mujeres creadoras, cómo logran sustraerse de esas dicotomías o cómo las utilizan para subvertirlas.